



Poesía indignada en la España de hoy

Larga es la trayectoria de la poesía de crítica social, la cual ha existido siempre, pues deviene otra escritura de amor, amor a muchos, a la humanidad, amor a uno mismo, a la propia dignidad, queja y denuncia dolorida ante las injusticias que padecen los pueblos. Paradójicamente hoy que en España, y en buena parte del mundo, la crisis, provocada y mantenida por ciertos sectores de poder, toca a la mayoría, una poesía verdaderamente rebelde, indignada, opositora a la deshumanización en aras del mercado se difumina y resulta más difícil que nunca, pues compite y se contagia con repetitivas tertulias radiofónicas y televisivas (o comentarios permanentes desde la red) de abundadora insistencia seudocrítica pero bien pagada y en muchos casos trivial. A su vez, los receptores urgidos por la necesidad, la rabia, la impotencia, la saturación o la angustia terminan por negarse a leer o escuchar más argumentos o aportaciones de cómo son/somos estafados y ninguneados por los políticos nacionales e internacionales, los bancos, las grandes empresas y hasta los jueces y las iglesias. No obstante, parece inevitable que ante la delincuencia institucionalizada y el más amplio conocimiento de la misma que ocasionan los nuevos desarrollos tecnológicos, el poeta, espejo que refleja tanto la desdicha y sus lamentos como la felicidad humanas, asuma el papel de voz de las penurias y conciencias ciudadanas.

El poeta contemporáneo es uno más dentro de este deambular desde la ira a la desesperanza, encauzador del ansia de conseguir un camino de resistencia, y derribando de los muros que se alzan alrededor de todos nosotros. Pero si recorriéramos la historia, comprobaríamos que cíclicamente se han producido abusos semejantes, aunque cambien de nombre o muten de escenografía, y que todo ello ha sido recogido por la literatura. No obstante, la confusión del momento no debe secar la pluma del poeta en su labor de registrar la indignación, en este caso quizá mediante otro registro o en experimental modalidad genérica, tal vez con nuevos recursos. La indignación puede transformarse en denuncia y esta en propuesta de otra forma de ser con los otros, de convivencia más allá del hastío o el ilimitado egoísmo, de una depuración real de la democracia, de manera que el poeta vuelva a ejercer como eco de innumerables voces silenciosas o silenciadas. A veces, solo se pueden registrar las injusticias con palabras amargamente desgarradoras o afiladamente sarcásticas, cuando el futuro de tantos ciudadanos e, incluso, el propio ha sido aniquilado, dejando gentes que viven, como decía Roth, “la filial del infierno en la tierra”.

Pareciera que desde el inicio de la literatura, popular o culta, ciertos humanos han sentido la necesidad de cuestionar y denunciar acciones que aun reforzadas por el poder no resultaban aceptables ni moral ni socialmente, así en su tiempo hizo Aristófanes en Grecia y luego, refiriéndose al devenir cotidiano, hacía su compatriota Menandro con su acertada creación de arquetipos (el avaro, el misántropo...), cuestiones que más tarde recogerán magistralmente, por ejemplo, Molière y Shakespeare. Perspectiva semejante se trata en el mismo *Cantar de Mío Cid*, en el cual se idealiza al héroe para enjuiciar negativamente al rey y a algunos de sus nobles.

Hoy algunos poetas, enamorados del verbo y de la justicia, en desigual contienda se enfrentan a los mercaderes enjoyados de botines, bendecidos por sus bien pagados publicistas y propagandistas, defendidos por sus amorales aboga-

dos, quienes tienen la fuerza que ironizara Quevedo (don dinero). Ya Dante, exiliado, tormentoso y crítico, denunció crímenes, abusos y expolios especialmente en su *Divina Comedia* o el cortesano Lope de Vega, en castiza defensa del honor masculino y con ideología ajustada a su tiempo, lo hizo en obras como *Fuenteovejuna*, sin olvidar en esta escueta trayectoria las éticas narraciones del propio Cervantes. Cabría afirmar, por tanto, que el arte desde siempre ha tenido una vertiente contestataria o subversiva.

La poesía de los indignados del siglo XXI sobrevive fragmentada, sin calificar ni estudiar en demasía; la idea de crítica social parece suave para señalar la rabia del presente literario en cuanto crónica poética de una realidad que sobrepasa lo imaginable por la hipocresía de sus gestores, por su desfachatez, en consecuencia se habla de una poesía de la rebelión, de lírica en resistencia y sigue caminos ya abiertos por las voces del extremo, escritura del conflicto o revolucionaria, comprometida, activista, desenmascaradora.

En este sentido, anterior y en paralelo al marco que nos ocupa, y en parte como descendiente del infrarrealismo, se expande un motivo novedoso y necesario con fuerza evidente en Iberoamérica, aunque tenga precedentes (por ejemplo, Sor Juana), en el que se expone la inaceptable realidad de la mujer en situaciones extremas, denunciando así el conocido como feminicidio impune, tarea que asumió Susana Chávez Castillo (1974-2011) en Ciudad Juárez (México), torturada y asesinada por ello. Junto a esta, muchas más escritoras mejicanas han alzado la voz para gritar por hechos que otros parecían aceptar o silenciar, tal Mónica Gameros (1971), lúcida en su lucha por la visibilidad de la mujer y su mundo, quien comenta: “Me gusta pensar que somos antenas receptoras, lupas de la realidad, pantallas de plasma que representan los días y las noches mientras contemplamos lo que el resto no puede o no quiere observar”. Por eso exclama: “Escribo poemas y lo llaman delito/ Escribo mis ideas y me llaman radical” o Pilar Rodríguez Aranda (1961), quien con su libro *Asunto de mujeres* (2012), resulta transgresora radical, cuestionadora tanto del rol tradicional masculino como del femenino.

Esta reivindicación contestataria existe también en otros países de Hispanoamérica como evidencia la limeña Rocío Silva Santisteban (1963) y Jael Uribe (1975) en la República Dominicana, fundadora esta del Movimiento Mujeres Poetas y creadora del Festival Internacional de Poesía: Grito de Mujer, en contra de la violencia. En estos ámbitos se constatan heridas sin cicatrizar, deseos de justicia, angustia existencial provocada por vivir constantemente al borde del abismo: “Si me he vuelto loca/ creo en el suicidio/ y pienso eternamente en Virginia y en Plath/ y en Storni, y pienso que junto a ellas yo debería de estar en otro mundo...”, dice la hondureña Karen Valladares (1984).

El escritor, como otros artistas, lucha contra lo dado, lo estéticamente establecido, buscando su lugar, intentando plasmar su originalidad, su identidad, lo que no le impide registrar el dolor, mostrar las injusticias colectivas de su época, de su contexto y, en muchas ocasiones, esto es lo llamativo, sin que la denuncia se encuadre en una clara ideología personal o grupal, en su individual opción política o creencia religiosa, pues el cuestionamiento va más allá de adscripciones, por eso tiene tanto sentido el enfrentamiento airado de algunas autoras de origen diverso contra la violación y el asesinato de mujeres o la comprobación de la invisibilidad opresiva que aún subsiste en muchos países. Por otra parte, la





mayor apertura social permite manifestar sin cohibición el anhelo de libertad sexual que plasman algunas poetas al describir la belleza que encuentran en las relaciones lésbicas, como plasma la feminista y “partisana” salvadoreña Silvia Ethel Matus Avelar (1950): “Nos amamos entre máscaras y desconciertos/sólo los cuerpos sinceraban su lenguaje/atreviéndose a romper atávicos mandatos/ del amor para reproducir la especie/no para el goce y el deleite puro/ de dos diosas fogosas fundiéndose en un halo.”

A su vez, en España surge alrededor de la década de los 90 una corriente de izquierdas que se enfrenta al capitalismo postmoderno con una diversa pero entrelazada postura estética, social y política, es la designada como poesía del conflicto, poesía de la resistencia o simplemente nueva poesía social. En el grupo caben autores “realistas”, de manifestaciones directas, con corte autobiográfico o confesional, provocativo, poetas de la conciencia más o menos distantes del realismo sucio y críticos con la poesía de la experiencia por su relajada fijación al suceder cotidiano y hasta banal, en buena medida resignada; estos otros prefieren la denuncia desnuda, como David González (1964), Vicente Muñoz Álvarez (1966), Antonio Orihuela (1965), Isabel Pérez Montalbán (1964), Isla Correyero (1957) o el premiado Jorge Riechmann (1962), los cuales defienden la sencillez del lenguaje y de su sintaxis. El propio Orihuela clama: “Nadie, es un buen ejemplo” o “Escribo/por no pegarme un tiro en la boca./Y hasta escribir/se ha vuelto a veces/un tiro en la boca.” O “Cada vez veo más gente/con una venda/ puesta en los ojos” ya que “Extraño pueblo el de España/ tan poco acostumbrado a la justicia”.

Diferente es la escritura de Enrique Falcón (1968) o de Antonio Méndez Rubio (1967), quienes señalan o desenmascaran la realidad capitalista mediante la deconstrucción del lenguaje, por ello sus trayectorias presentan cierta relación con la poesía de la conciencia, pero sin identificarse plenamente con ella. No obstante, para algunos estudiosos sus alteraciones idiomáticas exigen en el lector tal esfuerzo de inteligibilidad que debilita y hasta anula su fuerza; sin embargo, Méndez Rubio defiende que la poesía tiene la función de “agujerear o traspasar la rigidez de los códigos establecidos como parte de la Realidad”. Su apuesta por una “poesía reflexiva y desnuda”, es caracterizada por algunos críticos como no realista, como conceptualista y proclive a la subversión lingüística. Por otra parte, para estudiosos como Josu Montero, corriente intermedia entre las dos anteriores sería la conocida como realismo extremo o sucio, descarnado, designado también como neorrealismo, visible en Violeta C. Rangel, heterónimo de Manuel Moya Escobar (1960), en Karmelo C. Iribarren (1959) o en Roger Wolfe (1962), aunque según Araceli Iravedra estas realizaciones arrastran cierto nihilismo escéptico. Por lo general, con mayor o menor claridad, las tres concreciones se opondrían a la más conciliadora y menos radical poesía de la experiencia, si bien en algunas composiciones las fronteras entre todos estos poetas son difusas, no así su crítica del neoliberalismo consumista y empobrecedor.

En esta línea, hoy la denuncia deviene frágilmente ideológica en el sentido convencional de izquierdas o derechas, pues resulta ajena a partidos o clases, basando su propuesta de resistencia y combate en una ética neoexistencialista de esclarecimiento, de desobediencia y desacato ante las mentiras o el escamoteo del estado del bienestar, si bien ciertos sectores la intentan relacionar con la izquierda (marxismo, anarquismo, situacionismo, etc.) lo que permite a diversos autores tomar como precedentes a Neruda, Celaya o Cardenal, mientras que

otros los rechazan por su “dogmática” adscripción a ideologías ya superadas. No obstante, las listas son engañosas pues, como suele suceder, los amigos citan a los amigos y conocidos, estos no siempre de destacable calidad, y pueden quedar fuera, lamentablemente, otros creadores menos cercanos cuyos textos serían relevantes, si bien menos declamatorios; al fin y en buena medida, este anhelo de ruptura y cuestionamiento ya floreció con las vanguardias y, en muchos aspectos, su producción aún continúa sin haber sido superada.

Por esta vertiente, los últimos poetas, autodenominados del 15M, jóvenes intermitentemente lúcidos y confusos a la vez, férreos en las críticas pero desvaídos en las propuestas, más o menos aceptadores o rebeldes con el sistema al que hostigan sin causarle verdadero daño, incapaces de imaginar otra gran realidad posible, saben que esta democracia es ficticia, por eso se muestran mordaces, asambleístas, pues se reconocen tutelados por ella, que los usa para su escenografía de múltiple tolerancia y del “aquí cabemos todos”, pero no encuentran o no proponen una salida programática. Entre ellos hay recitadores, raperos, hacedores de villancicos, autores de historietas que hablan, por ejemplo, de Españistán, letristas de poesía “rEvolucionaria”, cual Miguel Rix, o de nueva poesía visual... En la red existen antologías (también se han publicado algunos libros) y vídeos de presentaciones indignadas, que van más allá de la piel de toro. En el conjunto cabe Isabel González (“Yo no quiero una vida enunciativa,/ni quiero ser oración subordinada./Yo no quiero una vida imperativa/ ni quiero utilizar condicionales/con los verbos luego en subjuntivo,/ando ya cansada de “ojalases”...”), Alejandro Jiménez Robles, Mamen Hernández Cobos, Pedro Luis Verdejo Olmo, Rafael León Rodríguez, Verónica Aranda... Por lo común, muestran estilos diversos, estéticas disímiles, opciones heterogéneas, algunos se declaran noveles aspirantes, espontáneos, sorprendidos de su desparpajo; los hay más seguros, experimentados, inconformistas desde antes del 15 de mayo de 2011, aunque sumados a él, pero todos constantes en su defensa de la libertad, personal y comunitaria, y en su guerra “pacífica” contra lo caduco de lo existente, por eso aprovechan la literatura para ejercer presión social y para buscar un camino aún desconocido, además de para librarse a sí mismos de la nada en que pretenden hundirnos. En el primer manifiesto de Plaza Poética, mediante el cual buscan las composiciones de poetas conocidos o anónimos, solo exigen un doble compromiso estético y ético, una plasmación poética de calidad y el rechazo de la presente situación política, social y económica que califican de inadmisibles. A la lista de sus seguidores agregarán autores consagrados, cosa que hacen según el gusto de cada cual eligiendo a sus escritores preferidos e incorporándolos a pesar de sus diferencias, pues cabe desde Jorge Manrique a Ángel González, Bertold Brecht, César Vallejo, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, José Antonio Labordeta, Manuel Altolaguirre, Mario Benedetti, Miguel Hernández, Nicolás Guillén...

Sus beligerantes aportaciones revelan una sorprendente creatividad fructificada por el entusiasmo colectivo que clama en lemas: “Si no nos dejáis soñar, no os dejaremos dormir”, “Esto no es cuestión de izquierdas contra derechas, es de los de abajo contra los de arriba”, “Desde arriba nos mean, los medios dicen que llueve”, “Democracia, me gustas porque estás como ausente”, “Seamos imposibles: pidamos lo realista”, “Que nos gobierne Alí Baba: así sólo nos robarían 40 ladrones”. Eslóganes brillantes como lo fueron muchos del mayo francés. Esto no impide, dentro de la heterogeneidad del grupo, ni composiciones rípidas ni el mantenimiento de formas clásicas como es el caso del soneto de





Verónica Aranda: “Casi cinco millones de parados,/ingenieros buscando en la basura,/milleuristas huyendo de la usura,/hambre, tedio, hipotecas, embargados./Un tropel de mendigos ilustrados,/becarios con cuarenta, la futura/ incertidumbre, emigración, locura:/sin pensión, sin vivienda y explotados...”

Se podría concluir que los poetas indignados del plural 15M presentan aspiraciones y plasmaciones encontradas, plurales y contradictorias, urgentes, insumisas, voluntaristas, propias de un movimiento amplio, revisionista, con resultados todavía difícilmente caracterizables, rico en desencuentros y oposiciones internas, tanto que podría morir sin haber dejado la adolescencia. Eclécticos y algunos pocos exigentes, por lo común no se apoyan en las generaciones inmediatamente anteriores, que incluso parecen desconocer, sino que van más atrás, a los ya canonizados, y beben tanto de poetas como de novelistas o, al menos, esas suelen ser sus lecturas seleccionadas. Ellos mismos lo dicen: “Unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. Unos creyentes, otros no. Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos. Pero todos estamos preocupados o indignados...” Así variopinta y desigual, se presenta actualmente esta “arma de construcción masiva: la poesía”.

Bibliografía

Falcón, E. (2007). *Once poetas críticos en la poesía española reciente*. Tenerife: Baile del sol.

García-Teresa, A. (2013). *Poesía de la conciencia crítica (1897-2011)*. Madrid: Tierradenadie.

Iravedra Valea, A. (2006). Radicales, marginales y heterodoxos en la última poesía española, *Anales de la literatura española contemporánea*. ALEC, vol. 31, nº 1, pp. 119-138.

López Merino, J. M. (2005). Sobre la presencia de Roger Wolfe en la poesía española (1990-2000) y revisión del marbete “realismo sucio”. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Madrid: Universidad Complutense. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero31/rogerwolfe.html>.

Plaza Poética: Poesía e indignación. Manifiesto viernes 1 de julio de 2011. plazapoetica.blogspot.com.es/.

Prieto de Paula, Á. L. (2010). Acordes del desconcierto, en Naval López, M.A. (coord.). *Poesía española posmoderna*. Madrid: Visor.

VV. AA. (2011). *Poetas del 15 de mayo*. Madrid: Séneca.

Zurgai, diciembre 2003. Monográfico dedicado a la “Poesía de la conciencia”.